

# EL GENERAL Y LOS CINCO PRESIDENTES

América no había salido de su neutralidad cuando, el 2 de marzo de 1916, De Gaulle fue hecho prisionero. Alemania, omnipotente, le rodeaba. Rusia era una compañera de infortunio bajo los rasgos del teniente Tukhatchevsky. Inglaterra luchaba al lado de Francia, pero aún no había señales de América...

Para él sólo existía la de su infancia, algo colorista, exótico, un país donde los ríos son poderosos, el otoño, luminoso, tal como lo describió Chateaubriand, el autor clásico favorito de Charles de Gaulle. Su caso, en aquella época, no era un caso aislado. Todavía no existían

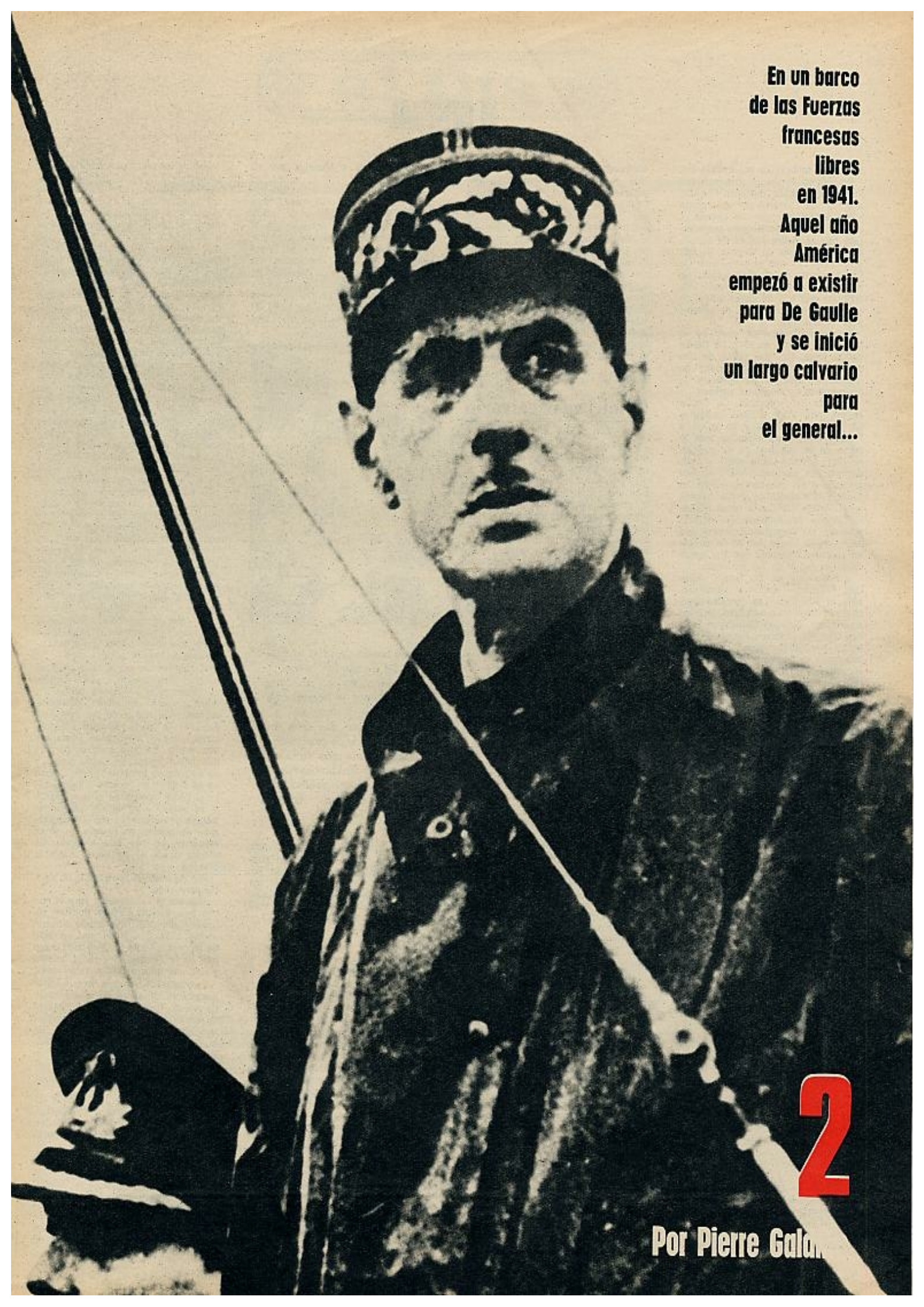
Sammies ni Lindbergh, ni «Lo que el viento se llevó», ni Hemingway, ni Cabo Cañaveral.

América, para un francés de entonces, era una aventura lejana, y en cuanto

a los americanos, existían de tres maneras:

Existía el americano de los bulevares, un personaje cargado de dólares y que venía a casar a su hija con los héroes arruinados de Abel Hermant. Estaba, luego, el americano del Far West, con su larga carabina y su ancho





En un barco  
de las Fuerzas  
francesas  
libres  
en 1941.  
Aquel año  
América  
empezó a existir  
para De Gaulle  
y se inició  
un largo calvario  
para  
el general...

**2**

Por Pierre Galan

sombrero, simbolizado por Buffalo Bill.

Por último estaba el americano de los libros de texto; Benjamin Franklin, inventor del pararrayos, que corría entre la tormenta con una cometa. Y el gran George Washington, representado con su madre vestida de campesina en su granja de Virginia. No hay que excluir el que el presidente De Gaulle se vea a sí mismo como un Washington francés, una mezcla de uniforme militar y de Constitución, de autoridad y de democracia, de soledad y de popularidad.

Pero cuando América entró en la historia de Europa, en 1917, De Gaulle estaba lejos, tras los muros de una prisión. No vibró a la llegada en tromba, al Havre y a Saint-Nazaire, de los primeros contingentes yankees.

Después del armisticio, De Gaulle se precipitó a los últimos combates en la frontera polaca y no volvió a Francia hasta el momento de pedir la mano de la que hoy es su esposa, en 1921. América había vuelto a casa, dejando una paz cojitranca, vinculada al nombre del presidente Wilson, el chicle y la máquina de afilar mecánica «Gillette». De Gaulle había pasado «al paio» de América. En sentido opuesto, los americanos pasaron «al paio» de De Gaulle, que no se pareció en absoluto a la idea que los americanos se hacen de los franceses.

Los modelos de De Gaulle —San Luis, Richelieu— apenas si habían cruzado el Atlántico. Los modelos franceses en boga eran más bien, para los americanos, Georges Carpentier, Maurice Chevallier, Edouard Herriot. Nunca, en un film de Hollywood, se hubiera imaginado un figurante francés que se pareciera a De Gaulle. Por el contrario, al hablar de Pétain, el almirante Leahy, embajador de Estados Unidos en Vichy, decía: «El cutis fresco y rosa, los ojos azules, el bigote blanco como la nieve; es tricolor, patriarcal, benevolente. A los franceses eso les gusta». La embajada de Estados Unidos en Londres decía de De Gaulle: «Es difícil, cabezota, altanero, arrogante».

Luego De Gaulle no era Francia. En junio de 1940, cuando De Gaulle tomó su decisión capital, América permanecía sorda al SOS de Paul Reynaud.

A principios de julio, De Gaulle conoció a «su» primer americano. Fue en casa de Etienne Bellenger, director de la casa Cartier, de Londres: John F. Hassey, que había pasado una temporada en la casa Cartier de París, acababa de llegar de Francia, pasando por España, Portugal y Gibraltar.

«Una noche —cuenta John Hassey— mis amigos, los Bellenger, me invitaron a cenar en su casa de Putney. Los invitados de honor eran el general y madame De Gaulle. Después de la cena el general me interrogó sobre las condiciones de la Francia ocupada y sobre mis proyectos. En aquel momento, éstos no eran aún muy precisos. Cuando los invitados se marcharon, los Bellenger me pidieron mi impresión sobre el general De Gaulle. "Es formidable —dije espontáneamente—. No puede perder". Al día siguiente me alistaba en las Fuerzas francesas libres, en la Legión extranjera. En el mes de agosto tomaba parte en la expedición de Dakar. Es cierto que el general era grave, reservado, incluso frío. Sin embargo, en su interior había una fibra sensible que a veces no dudaba en mostrar. Cuando supo que yo había sido herido gravemente, en junio de mil novecientos cuarenta y uno, en Damasco, en Siria, ordenó mi traslado inmediato a Estados Unidos y mi hospitalización allí. Cuando el coronel Pierre de Chevigné,

encargado de misión de la Francia libre en Washington, preguntó quién pagaría los gastos, el general De Gaulle respondió: «Todos los gastos son por nuestra cuenta». Luego, un día, mientras seguía en tratamiento en el hospital, recibí una carta del general. Quería informarme personalmente de que, puesto que había sido el primer americano que había vertido su sangre por la Francia libre, sería el primer americano nombrado miembro de la Orden de la Liberación. Mucho más tarde, después de la guerra, el general me dijo: «Usted vino a mí cuando lo necesitaba, mi puerta estará siempre abierta para usted».

## Comienza el calvario

Pero, de hecho, la América oficial no empezó a existir para De Gaulle hasta una noche de 1941.

Churchill hacía frente, solo, a los alemanes. Tenía un amigo, un aliado, el general francés. Este a veces era invitado a pasar el domingo a Chequers, casa de campo en Buckinghamshire, legada al gobierno británico en 1921 por lord Lee de Foreham para que sirviera de lugar de descanso al primer ministro en ejercicio.

Uno de esos domingos, el general De Gaulle fue despertado en plena noche. Estaban aporreando la puerta de su habitación.

«Miré la hora —dice Geoffroy de Courcel, que estaba en la habitación de al lado—: eran las dos de la mañana. Era Churchill quien arrancaba a su huésped al sueño. Con un puro en la boca, en bata, se presentó radiante de alegría, con un papel en la mano. Fue a sentarse al borde de la cama del general y le anunció que los Estados Unidos iban a votar la ley "Prêt Bailly". Fue votada el once de marzo de mil novecientos cuarenta y uno».

Esto constituía la seguridad de vencer, pero era también el comienzo de un calvario entre Churchill y De Gaulle.

Para Churchill, De Gaulle era la Francia libre legítima. Era un aliado incondicional. Para América no era más que un aguafiestas incómodo, y la Francia legítima se llamaba Pétain, Laval, Darlan, en espera de que se llamara Giraud.

No tardó en estallar la tormenta. El día de Nochebuena de 1941, el almirante Muselier vino a la Francia libre los islotes de Saint-Pierre-et-Miquelon. Para De Gaulle, la mitad de cuyas tropas estaba constituida por pescadores bretones, esto era importante, simbólico, y, además, se trataba de una posible base de aprovisionamiento que los submarinos alemanes no tendrían a su disposición. Pero Cordell Hull tomó la cosa como un atentado a su persona, como una puñalada a la doctrina de Monroe.

El 18 de diciembre, el general De Gaulle telegrafió a Muselier: «Hemos consultado, como usted solicitó, a los gobiernos británico y americano. Sabemos de fuente fidedigna que los canadienses tienen la intención de destruir ellos mismos la emisora de radio de Saint-Pierre-et-Miquelon. En estas condiciones, le ordeno que proceda a la anexión de Saint-Pierre-et-Miquelon por sus propios medios y sin decir nada a los extranjeros. Tomo la entera responsabilidad de esta operación, que se ha hecho indispensable para conservar a Francia sus posesiones».

El 25 de diciembre, el general De

Gaulle felicitaba a Muselier por su éxito.

El mismo día la radio americana tronaba contra los «so called free French», y el Departamento de Estado pedía al Canadá que restableciera la situación. El 26, el general cablegrafiaba a Muselier: «La tempestad levantada por el State Department en Washington frente a la anexión de Saint-Pierre-et-Miquelon no puede preocuparnos. Satisfacción completa entre los ingleses. Furia en Vichy. El descontento del State Department pro-



**El 2 de marzo de 1916, el capitán De Gaulle fue hecho prisionero por los alemanes en el frente de Douaumont. Fue destinado en aquel sector dos días antes. En sus días de prisionero conoció al que más tarde sería mariscal Tukhachevsky, con el que realizó algún intento de evasión.**

viena del hecho de que había procedido al margen de nosotros a un arreglo inaceptable con el almirante Robert, alto comisario de Vichy en las Antillas. Habíamos tirado una piedra a una charca de ranas. Quédese tranquilamente en Saint-Pierre».

## «¿De qué color son sus pijamas?»

El primer contacto de De Gaulle con la prensa americana no fue más feliz. En aquella época aún no estaba acostumbrado al estilo «reportero americano» y la primera pregunta que se le hizo en el transcurso de una entrevista política que se pretendía seria, fue: «¿De qué color son sus pijamas?».

De Gaulle tuvo que ver con América bajo cinco aspectos sucesivos: Roosevelt, Truman, brevemente; Eisenhower, Kennedy, Johnson...

Las fotografías enmarcadas de estos cinco presidentes siguen figurando en lugar destacado en su biblioteca de Colombey.

Se trata de los cinco rostros de una misma larga escena, con un intento de acercamiento bajo Kennedy.

Uno de los primeros testigos, el muy intelectual Emmanuel d'Astier de la Vigerie, cuenta: «En Londres, en mil novecientos cuarenta y dos, quedé muy impresionado por el general De Gaulle. Me encontré frente a un hombre que imponía. El mismo que ahora, ya que ha seguido siendo igual a sí mismo. Escuchaba en silencio. Tenía una sangre fría impresionante, sangre de pez. Ni cólera, ni irritación, ni charlatanería. Un hombre que parecía saber exactamente a dónde iba. Nosotros no lo sabíamos, pero él parecía saberlo muy bien. Cuando hablaba, hablaba a escala de Francia, pero hablaba también a escala planetaria, y su máxima preocupación eran las malas relaciones existentes entre América y él. Y dado que mi mujer, en aquella época, era americana —era una Roosevelt—, me dijo, con esa sencillez que tienen a veces los grandes dirigentes: "Vaya a América, vea a Roosevelt e intente mostrarle, puesto que Jouhaux está con usted —Jouhaux era el líder sindicalista francés—, puesto que tiene usted una organización de resistentes, una fracción de la clase obrera, de que Francia no es ni Laval, ni Pétain". Al terminar la entrevista, abruptamente, como lo hace con frecuencia, y empujándome hacia la puerta, me dijo a guisa de conclusión: "No se olvide de que Roosevelt es muy doble". Volví a casa turbado. Al día siguiente telefoné a su jefe de Estado Mayor, Pierre Billotte, para decirle: "No voy. No voy a ver a alguien que juega doble". De Gaulle hubo de convencerme de que había dicho aquello en broma, y de que tenía que ir inmediatamente».

«Entonces fue cuando descubrí, en los diez días que allí pasé, el desprecio profundo que América sentía por Francia, nación decadente, deshecha, representada realmente por Paul Reynaud, Louis Marin, Edouard Daladier. Luego, para los americanos, Pétain era interesante. Se trataba de un hombre que había jugado un doble juego, y no es ninguna tontería hacerlo cuando no se dispone de fuerzas... Para ellos, Laval podía convertirse en interesante si se pasaba a su campo, ya que se trataba de un hombre político que gozaba de crédito en Francia en aquel momento, no hay que olvidarlo, de crédito desde el socialismo hasta la derecha».

«En resumen, la Resistencia no existía para ellos».

«Apenas vi a Roosevelt, pero vi mucho más tiempo a Harry Hopkins, un hombre admirable, que amaba sinceramente a Francia. Volví con un acta de reconocimiento de De Gaulle como jefe de la Francia libre en el bolsillo y con una mejora de las relaciones».

La tranquilidad apenas duró, e inmediatamente el clima se ensombreció de nuevo. Todo servía como pretexto de «exasperación» entre los dos «partenales». Pierre de Chevigné se había unido a De Gaulle en junio de 1940. Procedía más bien de la derecha, lo mismo que d'Astier de la Vigerie procedía más bien de la izquierda. Pero sus testimonios concuerdan.

En 1942, Pierre de Chevigné fue enviado en misión militar a Washington, al mismo tiempo que Adrien Tixier, que tenía una misión civil. «Naturalmente, no podíamos transmitir a Londres todos los "sapos" que Roosevelt y el Departamento de Estado querían hacer tragar a De Gaulle. Su comportamiento era odioso, sarcástico, impropio. De Gaulle escribía como un especialista a los responsables americanos, dando su opinión sobre las operaciones militares. Y después de

## «Roosevelt era más tendero de ultramarinos que el tendero de ultramarinos que le sucedió»

todo, su "opinión" había sido importante incluso entre el enemigo. Me acuerdo muy bien de la anotación de un alto responsable del Departamento de Estado al pie de una de las cartas del general, diciendo: "Un general francés no tiene por qué dar su opinión sobre este problema".

De Gaulle, por su parte, no arreglaba las cosas. Hablando de los americanos a su jefe de Estado Mayor, decía: «Roosevelt no entiende nada de la situación de Francia. En cuanto a Cordell Hull, es un auténtico fantasma».

### El desembarco en África del Norte

En la noche del 7 al 8 de noviembre de 1943 llegó la noticia de que los americanos desembarcaban en África del Norte. Se trataba de un hecho consumado. ¿Valía la pena despertar a De Gaulle y adelantar la hora de la cólera?

Hacia las seis, Billotte fue a llamar a la puerta de la habitación del general. Este, en pijama blanco, fue a abrirlo. Billotte le tendió el mensaje. De Gaulle no estalló inmediatamente. En la jornada del 7 de noviembre, algunas llamadas en clave dejaban prever lo que iba a ocurrir, pero, oficialmente, el jefe de los franceses libres no había sido puesto al corriente de nada. De pronto, su cólera y su amargura se hicieron inmensas.

«Pues bien —dijo—, espero que la gente de Vichy les echará al mar. No se entra en Francia violentamente».

Por la noche su ira se había calmado y se dirigió por radio a los soldados y civiles de África del Norte para pedirles que se unieran a los aliados.

«De Gaulle —cuenta Billotte— se enteró del asesinato de Darian el veinticuatro de diciembre, cuando llegaba a una estación de Londres de regreso de una visita de inspección a las Fuerzas francesas libres en Escocia. "Que Dios tenga piedad de su alma", comentó simplemente».

Entonces, los americanos se sacaron de la manga lo que les parecía la solución a todo: el general Giraud.

«Miles gloriosus», dijo De Gaulle, que unos días antes había recibido un mensaje reconfortante del general McArthur, al que De Gaulle llamaba «el extremo-oriental del extremo-occidente». Este le hacía saber que no estaba de acuerdo con Roosevelt, y terminaba con estas palabras: «Francia es usted».

En realidad, De Gaulle no llegaba a calmarse nunca. Todo ocurría como si Roosevelt, desdénandose sistemáticamente al aliado oficial, colocara a un usurpador en la mesa de consejos, y el coronel Pasy, al entrar un día al despacho del general, empezó la lectura de un informe: «La política exterior de Estados Unidos...». De Gaulle le interrumpió inmediatamente: «¿La política exterior de Estados Unidos? No sabía que la tuvieran...».

El 14 de julio de 1943, en Argel, después de pasar revista a las tropas, los diversos representantes de los partidos políticos tomaron sucesivamente la palabra ante De Gaulle, presidente del Comité francés de Liberación nacional en ejercicio. El general tenía a su izquierda a Harold McMillan, futuro «premier» británico, y a su derecha, a Robert Murphy, consejero político del general Eisenhower, que no había cesado de apoyar abiertamente a Giraud. Le llegó el turno al delegado del partido comunista. Describió con



El general llega a Argel el 30 de mayo de 1943. Cuando los aliados desembarcaron en África del Norte, De Gaulle se puso colérico: «Espero que la gente de Vichy les echará al mar. No se entra en Francia violentamente». Más tarde, se calmó y pidió a los soldados y civiles de África del Norte que se uniesen a los aliados.

violencia los «mañanas que cantan». Entonces, De Gaulle se inclinó hacia Murphy: «He aquí lo que tendremos en Francia cuando ustedes nos hayan estrangulado por completo».

Murphy protestó: «Pero, mi general, nosotros amamos mucho a Francia».

«Si —prosiguió De Gaulle—, pero ustedes no la conocen. Para ustedes Francia es la marquesa de X... o la duquesa de Z... Pues bien, Permítame que le diga que se equivocan ustedes: eso no es Francia».

«Pero —respondió Murphy— le aseguro que conozco bien su país... He vivido en él más de diez años».

«Y nosotros —cortó De Gaulle— desde hace dos mil años».

También las relaciones con Eisenhower fueron muy tensas en Argel. Pero cuando el comandante en jefe volvió a Inglaterra, a finales de 1943, quiso, antes de partir, tener una nueva conversación con De Gaulle, en el transcurso de la cual le dijo, evocando los «affaires» Darlan y Giraud, entonces «archivados»: «Me he equivocado. Es usted quien representa a la Resistencia y a Francia».

De Gaulle le dio las gracias y le dijo: «Es usted un hombre».

Pero no por ello las cosas se arreglaron. Las siglas nunca han dado buen resultado entre América y De Gaulle. Está reciente la crisis de la NATO. Hubo la de la ONU, bautizada en aquella ocasión «el chisme». Pero, ante todo, había habido la del AMGOT. Se trataba del contenido de los acuerdos Clark-Darlan: puesto que De Gaulle no era Francia, le haría falta un gobierno a la Francia liberada, y éste sería el AMGOT (Allied Military Government Occupied Territories: Gobierno Militar Aliado para los Territorios Ocupados).

«Cuidado con el AMGOT», repetía sin cesar De Gaulle a Pierre de Chevigné.

## «¿Qué hace Washington?: Fabrica moneda falsa»

Pero aún le quedaba por tragar un último «sapo». Del mismo modo que se le había ocultado cuidadosamente el desembarco en África del Norte, se le mantenía a distancia de todos los preparativos concernientes al día D de Normandía. El desembarco había sido previsto para la noche del 4 al 5 de junio, y por eso Churchill envió un avión a Argel para que fuera a buscar a De Gaulle, con una invitación a comer para el 5.

Parece que Churchill inició la conversación del siguiente modo: «Desde esta mañana nuestras tropas desembarcan en Normandía...». Pero la operación «Overlord» había sido retrasada a causa del mal tiempo, y De Gaulle se encontró informado unas horas antes. La comida tuvo lugar en el coche-restaurante del tren especial de Churchill, parado en pleno campo, cerca de Portsmouth. Estaban, de un lado, Churchill, Anthony Eden, Ernest Bevin, el mariscal Jan Smuts, y de otro, De Gaulle, Viénot, Billotte, Koenig.

En Washington, Roosevelt, que había permanecido sordo a los consejos de Eisenhower, mantenía su punto de vista: Francia sería gobernada por el AMGOT. Los coroneles americanos de este organismo amontonaban en sus

maletas de banco, impresa en los Estados Unidos, la nueva moneda que la Casa Blanca había previsto para Francia.

Churchill intentó, en el transcurso de la comida, llevar a De Gaulle a pactar con Roosevelt. De Gaulle estalló: «No tengo por qué depositar ante Roosevelt —dijo— mi candidatura para el poder en Francia. El gobierno francés existe. Hace nueve meses que proponemos que se organicen las relaciones entre el mando militar americano y nuestra administración. En lugar de ello, ¿qué hace Washington? Fabrica moneda falsa». Impresa con una falta de ortografía, precisó el general Billotte, que estaba enfrente de Bevin. Entonces Churchill lanzó:



Con Giraud, De Gaulle se había enterado del asesinato de Darlan, en Londres, y dijo: «Que Dios tenga piedad de su alma». Roosevelt creyó entonces que Giraud podría ser el hombre que necesitaban los americanos, a pesar de la opinión de McArthur. De Gaulle hablaba así en una conversación: «¿La política exterior de los Estados Unidos? No sabía que la tuvieran...».

«Sépalos usted de una vez: siempre que tenga que elegir entre usted, general De Gaulle, y Roosevelt, optaré por Roosevelt. Entre Europa y alta mar, alta mar...».

Billotte aprovechó la ocasión para poner las cartas boca arriba:

«No entiendo —le dijo a Bevin— que ustedes los ingleses puedan hablar del veto americano en sus relaciones con nosotros... ¿No es Inglaterra una gran potencia? Y usted, Bevin, laborista, si tuviera que elegir entre Jouhaux, líder sindicalista francés, y Lewis, líder sindicalista americano, ¿qué haría?».

Bevin picó en el anzuelo: «Jouhaux, of course», dijo violentamente.

Billotte insistió, diciendo que no había ninguna razón para subordinar un acuerdo francobritánico a la «bendición» americana. Bevin, herido en lo más vivo, respondió en voz alta, muy alta, de modo que pudiera ser oído por todos los que estaban alrededor de la mesa: «Tiene usted razón. Me desolidarizo de las declaraciones del primer ministro. Muy pronto este viejo no lo será y yo estaré en su lugar. Y conmigo el gobierno no tomará nunca el partido de los Estados Unidos en detrimento de Francia».

Bevin nunca llegó a ser primer ministro.

El general Eisenhower desembarcó

el 7 de junio. Winston Churchill, el mariscal Smuts y el mariscal Alan Brooke, el 12. De Gaulle, en su furia, se apoderó de un pisapapeles de granito británico y lo arrojó violentamente al suelo, donde se hizo pedazos.

## De Gaulle vuelve a Francia

El jefe de la Francia libre debió hacer su desembarco solo. Lo hizo el 14 de junio con un contratorpedero francés, «La Combattante».

general y la consigna tajante de «pagarme» al avance aliado y de instalar en todas partes, a medida que fuera liberándose el territorio, una autoridad francesa. Me instalé inmediatamente en Bayeux. Al cabo de unos días pude constituir un equipo de oficiales y de administrativos. Ibamos pisando los talones al frente. En Caen, en Rennes, en Tours, instalábamos comisarios de la República. Y si no habían llegado aún, colocábamos interinos, prefectos, subprefectos, comandantes militares. Incluso tenía conmigo un tribunal itinerante. No tenía ningún valor legal, pero se trataba de obrar de modo que el general De Gaulle fuera representado por Instituciones y administraciones. Y de que el AMGOT no tuviera nada que llevarse a la boca».

El asunto del AMGOT fracasó. Washington y Londres, después de Moscú, reconocían al «Gobierno Provisional de la República Francesa» por un comunicado conjunto del 23 de octubre de 1944, anunciando que el general Eisenhower juzgaba ahora posible «transmitir su autoridad sobre el territorio francés al gobierno De Gaulle». A lo cual respondió el general en el curso de una conferencia de prensa: «El gobierno francés está satisfecho de que al fin se acceda a llamarle por su nombre».

## El tercer Napoleón

En el mes de octubre de este mismo año, George Bernard Shaw escribía en «France Libre», la revista de André Labarthe: «Los franceses esperan un tercer Napoleón y he aquí que el general De Gaulle se adelanta y les pregunta: «¿Y yo?». Antes de que Francia pudiera responder, los Estados Unidos y la Commonwealth británica gritan: «Pero, naturalmente, lo que necesitamos es un De Gaulle. Por lo menos no tenemos nada mejor que proponer. Acaso resultará un Stalin o un Ataturk, pero no un nuevo Hitler». No diré más. A falta de algo mejor, el general De Gaulle debe tomar el asunto en sus manos y hacerlo marchar».

Nada de lo que había previsto Roosevelt ocurrió entonces en Francia: ni revolución ni guerra civil. En cualquier caso, se tendría a De Gaulle alejado de los asuntos del mundo. Entonces llegó Yalta. La conferencia de Yalta, del 4 al 12 de febrero de 1945, reunió a Churchill, Roosevelt y Stalin. Los tres hombres llegaron a las tres conclusiones básicas siguientes:

— Reunión de una conferencia de las Naciones Unidas en San Francisco para preparar la Carta de las Naciones Unidas.

— Después de la victoria, división de Alemania en zonas de ocupación.

— Acción conjunta de las tres potencias para la «solución democrática» de los problemas de la Europa liberada, de hecho reparto de Europa.

Después de Yalta, De Gaulle rechazó este reparto del mundo. Luego vino la conferencia de Dumberton Oaks. El gobierno francés nunca fue invitado ni consultado. Roosevelt quizá no tuviera nada contra Francia, pero «la tenía tomada» con De Gaulle. A pesar de todo, fue De Gaulle, y no Darlan, ni Giraud, ni Herriot, quien fue acogido en la Casa Blanca en julio de 1944.

Durante este primer viaje a Estados Unidos, el general se puso en contacto con el pueblo americano y la acogida, el entusiasmo que se le manifestó le emocionó profundamente.

## «¿Eisenhower? La suerte sin el genio»



De Gaulle y Eisenhower, en Rambouillet, el 3 de septiembre de 1959. A fines de 1943, Eisenhower dijo a De Gaulle: «Me he equivocado. Es usted quien representa a la Resistencia y a Francia». El francés respondió: «Es usted un hombre».

Siempre habla de ello con emoción y no ha olvidado su entrada en el Waldorf Astoria, de Nueva York: espontáneamente los clientes y todo el personal del hotel se pusieron en fila para aplaudirla. Oficialmente, la atmósfera fue cordial. El general llegó solo a Washington para demostrar que no tenía nada que negociar ni que pedir. Roosevelt le dijo: «Estoy muy contento de verle».

De Gaulle se mostró especialmente amable.

La última noche, después de la cena ofrecida por el delegado francés en Washington, Henri Hoppenot, el ministro de la Guerra, James Forrestal, dijo al general: «Hemos estado encantados de conocerle. Hay que decir que antes de su llegada unos le describían como un ángel y otros como un monstruo. Pues, bien, hemos descubierto que no es usted ni un ángel ni un monstruo, sino un hombre».

### Entre Juana de Arco y Clemenceau

Pero Roosevelt no lograba comprender a este personaje, a esta «prima donna» que jugaba a la vez a Juana de Arco y a Clemenceau.

Al regreso de Yalta, el presidente de Estados Unidos pidió a De Gaulle que se reuniera con él en Argel el 20 de febrero. La invitación tenía para el general, puntilloso y susceptible, algo de humillante. Argelia era todavía parte integrante de Francia. El señor de la casa se encontraba invitado por un extraño en su propia morada... De Gaulle se negó secamente. Pero Roosevelt, ya gravemente enfermo, debía morir poco después, el 12 de abril de 1945.

Vino Harry Truman. De Gaulle se encontró con él en Washington, en agosto de 1945.

«Estamos decididos —dijo el general para empezar— a encaminar hacia la libre disposición de ellos mismos a los países que dependen del nuestro. Con algunos puede irse rápido. Con otros, no. Juzgar sobre ello es asunto de Francia. Pero en este terreno nada es tan deplorable como las rivalidades de las potencias occidentales. Predigo que occidente es quien pagará el precio de este error y esta injusticia».

Quince años más tarde, el presidente Eisenhower oyó las mismas palabras caer de la misma boca.

Entre tanto, De Gaulle había abandonado la escena política y no volvería a ella hasta después de la larga meditación de Colombey.

Pero esta vez era el engranaje de la ONU el que iba a salir malparado. En efecto, De Gaulle, antes de hacer pública, el 16 de septiembre de 1960, su tesis de la autodeterminación para Argelia, quiso ir a exponerla al presidente Eisenhower. Por fin, obtuvo una respuesta amistosa: «No veo cómo un país democrático podría negarle de ahora en adelante su apoyo», le dijo Eisenhower.

Ahora bien, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, Henry Cabot Lodge no tomó posición «contra» en el escrutinio sobre la resolución pakistaní. Se abstuvo, mientras que aquella ponía en cuestión, sin aparentarlo, todo el mecanismo aprobado por Eisenhower. Esta resolución hacía referencia de antemano, en un texto aparentemente anodino, al «pueblo argelino». Este voto americano fue inter-

pretado en el mundo, y por el FLN en primer lugar, como un fracaso para De Gaulle.

El general tenía mala suerte en cada viaje. Esta era su tercera travesía del Atlántico. En 1944, Roosevelt. En 1945, Truman. En 1960, Eisenhower.

Hubo una cuarta, muy triste, en 1963. Con el presidente Kennedy, la amistad francoamericana había tenido sus mejores oportunidades.

«Los dos hombres iban al unísono», dijo Hervé Alphand.

De hecho, De Gaulle, antes de conocer al presidente Kennedy no le apreciaba. Había detestado a su padre, embajador de Estados Unidos en Londres en 1940 y derrotista. Aquel hijo de multimillonario no podía ser más que un niño mimado. Pero el contacto fue cálido. El joven presidente supo tratar al general con respeto. De Gaulle, por su parte, tuvo para él atenciones casi paternales. Después de su visita a París, en 1961, el general confió a los que la rodeaban: «He aquí un presidente con el que me entiendo». Después añadió: «Si fuera presidente de los Estados Unidos yo haría como Kennedy».

Extrañamente, unos quince días antes de su muerte trágica, Kennedy hizo la siguiente confidencia al embajador de Francia: «Si yo fuera presidente de la República francesa haría como el general De Gaulle».

La «guerra fría» entre USA y la URSS alcanzó su punto culminante el 23 de octubre de 1962, con la crisis de los misiles de Cuba. El 24 de octubre, sin siquiera informar de ello a su ministro de Asuntos Exteriores, el general De Gaulle notificó inmediatamente a Dean Acheson de que si estallaba la guerra, Francia se pondría inmediatamente al lado de Estados Unidos.

Era el único Estado de la Alianza Atlántica que hizo saber de este modo que aplicaría sin vacilar el artículo quinto del Tratado. Pero el pánico provocado por el peligro tan próximo de una guerra nuclear incitó al presidente Kennedy a resolver directamente el «affaire» con Kruschef gracias al teléfono rojo.

Aquel día parece haber señalado un hito en la política del general hacia una independencia más acentuada de Francia respecto de sus aliados, y un encaminamiento hacia la distensión entre el Este y el Oeste.

## Los funerales de Kennedy

El 22 de noviembre de 1963, día del cumpleaños del general De Gaulle, el mundo, aterrado, se enteraba del asesinato del presidente Kennedy.

Kruschef dijo: «Es un rudo golpe para los que aman la paz».

Únicamente la China de Mao hizo una excepción, y su prensa publicó caricaturas ofensivas del presidente difunto.

De Gaulle fue el primer Jefe de Estado que tomó la decisión de asistir a los funerales. Llegaron a la embajada de Francia cartas amenazadoras de antiguos miembros de la OAS, o que se pretendían tales. Los servicios de seguridad temían un atentado.

Al llegar al aeropuerto Foster Dulles, de Washington, el general De Gaulle se enteró de que Oswald acababa de ser asesinado a su vez. «Es asunto de la policía», dijo inmediata-

mente el general a las personalidades presentes, entre las que se hallaba Dean Rusk, el secretario de Estado americano. Rusk, por su parte, creía en un complot de los cubanos contra Kennedy. Luego, casi toda América aceptó la versión de un tirador aislado.

Algún tiempo más tarde, De Gaulle, al recibir a Arthur Conte, ex ministro e historiador, le dijo: «El asesinato de Kennedy no es obra de un tirador aislado. Es un atentado político». Para los servicios secretos franceses, si se admite el hecho de un complot internacional, la única hipótesis válida sería que Lee Harvey Oswald fue guiado y armado por rusos exilados, que habían pertenecido al clan Beria y conservado sus amistades chinas. A través de la supresión de Kennedy y al provocar el proceso de un asesino, antiguo comunista que había vivido tres años en Rusia, daban un rudo golpe a la política de coexistencia pacífica, convertida en realidad después de la crisis de Cuba, y mataban políticamente a Kruschef.

Para evitar el proceso tuvo lugar el genial golpe del FBI de hacer matar a Oswald. Los servicios secretos americanos lograron, de este modo, enfocar todas las cámaras de la actualidad sobre «una historia de bandidos» y sobre el desorden policíaco de Dallas, lo que hizo olvidar el complot internacional que tenía por objetivo tanto a Kruschef como a Kennedy.

Cuando Jacqueline Kennedy decidió que el cortejo fúnebre fuera a pie a la Casa Blanca y a la catedral, el jefe del FBI sugirió a De Gaulle que lo siguiera en coche. El general se negó tajantemente a ello. Quería estar en el duelo, lo mismo que había insistido en ponerse militarmente el primero al lado del difunto cuando la crisis de Cuba.

Después de las exequias, de regreso a la Casa Blanca, Jacqueline Kennedy pidió ver a De Gaulle a solas. La entrevista duró un cuarto de hora. Quiso ofrecer un recuerdo de esta dolorosa jornada al general. Contempló un jarrón lleno de flores colocado sobre una cómoda Luis XVI. Su marido había visto estas flores momentos antes de volar a Texas. Tomó una margarita y la tendió al general. Un poco más tarde, hacia las cinco, De Gaulle iba a la embajada de Francia para una comida. En el momento de sentarse a la mesa metió la mano en un bolsillo de la chaqueta, sacó la margarita que Jacqueline Kennedy acababa de darle y la mostró a la concurrencia. La sencillez y la espontaneidad del gesto le habían emocionado mucho. «Mme. Kennedy ha sido muy valiente —dijo De Gaulle—. Es una persona bien educada».

## China: no se puede ignorar la geografía

Desde que está en la embajada de Estados Unidos en París, Charles Bohlen ha visto a De Gaulle un veintena de veces, al margen de las grandes ceremonias y las cenas oficiales. En cada una de estas entrevistas el general le espera tras su mesa de despacho. Bohlen queda siempre emocionado por la impresión de majestad y poderío que De Gaulle se esfuerza por dar a su visitante. Le recibe en «tête à tête», sin intérprete, puesto que el embajador habla perfectamen-

te el francés. «En cualquier circunstancia —dice Charles Bohlen— el general es perfectamente amable. Pronuncia muy frecuentemente la palabra "Francia", casi nunca la palabra "franceses". Incluso cuando tiene que decirme cosas desagradables —constata Bohlen—, el general se expresa con mesura y cortesía. Este ha sido el caso en lo que se refiera al Vietnam, a propósito de lo cual me ha dicho varias veces: "No creo que su política pueda desembocar en un arreglo"».

A propósito de la China, el general le dijo un día: «Se parece a su cocina: centenares de platos diferentes que tienen todos el mismo aspecto».

«Al final de cada audiencia —concluye Bohlen— el general me acompaña hasta la puerta. Raramente utiliza palabras inglesas. Pero a veces me ha dicho, al final de la conversación, al despedirme: "Good luck" ("Buena suerte")».

Después del reconocimiento de la China, De Gaulle dijo: «Existe, figura en los atlas. Incluso si a uno no le gustan los chinos no se puede ignorar la geografía. Puesto que se la conoce, hay que reconocerla». Y, refiriéndose a los Estados Unidos, añadió: «Cuánta indignación por la simple constatación de un hecho. Como si la "pequeña" Francia fuera a apoderarse para ella sola de todo el mercado asiático...».

El 4 de mayo de 1966, el general De Gaulle concedió una audiencia al senador Frank Church, miembro de la comisión de Asuntos Exteriores del senado americano. Lo que le dijo el general llevaba implícita, bajo el tono de la confidencia, toda la política «gaullista» en Europa: «Hay que tomar las cosas como son y considerarlas de una manera práctica. Por eso no hay que decir: "Asistimos en la actualidad a una lucha entre el capitalismo y el comunismo". No. Desde luego, hay competencia entre las dos ideologías, pero en ella no puede encontrarse la base de una solución para los asuntos europeos. Dicho de otro modo, no hay que conformarse con fórmulas e imaginar las cosas "ideológicamente", hay que intentar tomarlas como son».

El general analizó entonces la posguerra en relación a la anteguerra, en sencillos términos de sentido común, y concluyó: «Resumiendo. La gran potencia que representaba Alemania ha desaparecido. Rusia es, más que nunca, una gran potencia. No a causa del comunismo, sino con el comunismo. Y existen naciones occidentales como Inglaterra, Francia y, también, Italia, que han conservado su personalidad nacional y que no tienen intención de perderla, incluso aunque dejen de ser grandes potencias».

De Gaulle pasa el capítulo dominante: «La amenaza rusa».

«Mientras exista la realidad básica de la Rusia poderosa no queda otra solución que la ayuda americana para que Europa no sea dominada por ella. Por esto se ha concluido el Pacto atlántico, y por esto hay que mantenerlo. En todo caso la amenaza rusa ha disminuido, y ello por varios motivos. En primer lugar, la fuerza de conquista del comunismo ya no es lo que ha sido. Los comunistas rusos saben bien que no podrían "asimilar" a Francia, Alemania, Italia, Inglaterra, puesto que no han sabido, en cierto sentido, "digerir" a Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia... Luego, Rusia tiene a su espalda la China, que se ha separado de ella y que se refuerza. Le serán precisos treinta años para convertirse en una gran poten-

cia, pero está en camino de ello. Rusia, pues, sin dejar de ser una gran potencia, ya no cree poder conquistar a las demás y, teniendo a China a su espalda, se ha apartado poco a poco de sus ambiciones occidentales. Nos es preciso, ciertamente, tomar precauciones y permanecer atentos, pero en la actualidad Europa no está tan tensa frente a Rusia como en mil novecientos cuarenta y nueve».

Para evitar las vicisitudes del procedimiento, De Gaulle define su actitud respecto de la presencia militar en Europa: «Creo que todavía no ha llegado el momento de que las tropas americanas abandonen Europa, y yo nunca he dicho que deseara que lo hicieran».

A continuación aborda el espinoso problema alemán, que es el centro de todo este asunto: «Si se comienza por una distensión entre el Este y Oeste, y especialmente entre el Este y el Oeste europeos, entonces un día podrá haber una negociación general entre ellos a propósito de Alemania. Pero a una condición: Europa del Este debe estar segura de que la reunificación alemana será una fuente de peligro. Debe concederse que Alemania no volverá a encontrar sus fronteras con Checoslovaquia y Polonia. Hay que evitar, también, que los países del Este puedan pensar que Alemania podrá disponer un día del arma atómica. De otro modo nunca habrá negociación con vistas a un arreglo. En cuanto a Alemania, quizá piense que el problema alemán y la reunificación deben ser resueltos lo primero, y que después vendrá la distensión entre el Este y el Oeste. Esto no es cierto. En cuanto a nosotros, afirmamos que, en primer lugar, hay que lograr la distensión y que la reunificación podrá llegar a continuación, pero con ciertas condiciones».

## "Usted es antiamericano"

De Gaulle se ha explicado sobre su «antiamericanismo» después de las elecciones presidenciales: «Se dice con frecuencia que yo soy antiamericano. Ahora bien, desde que tuve que ver con una acción nacional, es decir, desde mil novecientos cuarenta, que era, al mismo tiempo una acción internacional, siempre se me ha tratado de anti-algo... Me acuerdo del pobre Churchill... Me decía: "Usted es antibrítico". Era algo bastante chusco, puesto que entonces yo era, con los que me rodeaban, los únicos franceses que seguíamos combatiendo al lado de Inglaterra. Los americanos, después, dijeron: "Usted es antiamericano", y entonces se presentaron en África del Norte sin querer que yo fuera con ellos, por el hecho de que nos consideraban como anti-americanos y entonces los franceses, que estaban aún bajo la obediencia de Vichy, les dispararon desde todas partes. En realidad, ¿quién ha sido el aliado de los americanos de cabo a rabo si no ha sido la Francia de De Gaulle? No había otros, y, en todo caso, si debía ocurrir lo peor y si la libertad del mundo estaba en juego, ¿quiénes serían, automáticamente, los mejores aliados naturales sino Francia y los Estados Unidos, como frecuentemente lo han sido en casos parecidos? Por otra parte, yo no digo que los americanos sean antifranceses, y, sin embargo, para no ser tachados

## «Kennedy tenía un estilo de peluquería: peinaba los problemas»



Con Kennedy en el Eliseo, el 31 de mayo de 1961: «He aquí un presidente con el que me entiendo». Antes había creído que aquel hijo de multimillonario no podía ser otra cosa que un niño mimado.

de antifranceses tuvieran que haberlos acompañado siempre, pues bien, hay que decir que no siempre nos han acompañado.

«En mil novecientos catorce estábamos en guerra contra Guillermo II, y los americanos no estaban. Llegaron en mil novecientos diecisiete, e hicieron muy bien, por ellos y por todo el mundo. En mil novecientos cuarenta no estaban, y fuimos sumergidos por Hitler, y fue en mil novecientos cuarenta y uno cuando los japoneses hundieron parte de su flota en Pearl Harbour, cuando los Estados Unidos entraron en la guerra. Lejos de mí la idea de ignorar el inmenso favor que hicieron al mundo y a nosotros, incluso entrando en la guerra en mil novecientos diecisiete y entrando en la guerra de mil novecientos cuarenta y uno. Ya lo sé, pero, en fin, yo no digo que sean antifranceses porque no nos hayan acompañado siempre. Pues bien. Yo no soy antiamericano porque actualmente no acompañe a los americanos siempre y, en especial, por ejemplo, en la política que siguen en Asia. Es absolutamente cierto que no les apruebo por ella. Entonces, de ahí a decir que soy antiamericano, yo no puedo decirlo...».

¿Viejos rencores respecto a los americanos?

«No soy hombre que tenga cuenta de las vejaciones pasadas en el contexto de la época actual —ha dicho De Gaulle en privado—. Las amarguras del pasado no dictan, en ningún modo, mis actos presentes y venideros».

Luego, el general ha añadido: «Soy anti-dominación americana. ¡Matiz!

Lo mismo que sería anti-dominación soviética. Los americanos siguen queriendo imponer sus decisiones un poco como si la Francia de 1966 careciera de todos los medios capaces de permitirle actuar por sí misma a escala internacional... Es indispensable que Francia —y si es posible Europa— hable de igual a igual con los Estados Unidos y la Unión Soviética».

Un incidente que hizo correr mucha tinta, la decisión del ministro del Ejército de no autorizar la ceremonia organizada por el Comité de Memorial Kelly en los Invalides, es citada con frecuencia como un ejemplo del anti-americanismo de De Gaulle (el sargento Kelly fue el primer soldado americano muerto durante la liberación de París).

Fue en 1960, para reducir las cargas impuestas al Ejército por la guerra de Argelia, cuando se decidió reducir el número de manifestaciones en los Invalides. Una comisión encargada de establecer la lista de las manifestaciones que dispondrían del apoyo del Ejército se vio obligada a retirar este apoyo a la mayoría de las asociaciones privadas. Entre éstas figuraba la ceremonia del Memorial Kelly.

Madame Thomas, presidenta del Comité de organización, fue informada de ello por una carta del 23 de febrero de 1961, procedente del ministerio del Ejército, y cuyos términos fueron confirmados el 8 de junio del mismo año.

En junio de 1965, y siempre con el fin de limitar el número creciente de peticiones formuladas por asociaciones privadas deseosas de organizar

ceremonias en los Invalides, se tomaron nuevas medidas restrictivas.

En julio de 1965 madame Thomas fue recibida personalmente por el gobernador de los Invalides, el general De Grancey, que le informó verbalmente de la decisión tomada y le explicó que esta medida no era, en absoluto, discriminatoria, puesto que se aplicaba a ceremonias francesas tan conocidas como la tradicional ceremonia del 11 de noviembre del «Relevo sagrado», o como la «Misa de Dien-Bien-Phu» y otros numerosos casos, entre ellos una misa en memoria del general De Larminat, héroe de la Francia libre y amigo personal del general De Gaulle.

Queda el presidente Johnson: es el quinto rostro bajo el que la América oficial se habrá presentado, hasta ahora, al general De Gaulle.

Maurice Schumann, que desde el principio estuvo íntimamente mezclado a los «malentendidos» De Gaulle-USA, ha visto al presidente Johnson en Washington.

«¡Por el amor de Dios, diga qué quiere el general!»

«Fue en el solemne decorado del despacho del presidente de la Repú-

blica de los Estados Unidos donde me fue planteada por Johnson la siguiente pregunta: "Por el amor de Dios, diga de una vez por todas qué quiere el general De Gaulle". "Señor presidente —le contesté—, resulta que yo soy gaullista, pero aunque no lo fuera le respondería del mismo modo. Los Estados Unidos han cometido la imprudencia de dejar durante ocho años sin respuesta el famoso memorándum de mil novecientos cincuenta y ocho. En la alianza occidental no existen más que tres países atómicos. Los Estados Unidos sabían en mil novecientos cincuenta y ocho que Francia no tardaría en ser una potencia nuclear. La primera bomba atómica francesa explotó en Reganne, el trece de febrero de mil novecientos sesenta. Era una bomba de sesenta kilotonos, aérea y de fisión. El memorándum de mil novecientos cincuenta y ocho no tenía otro objeto que sacar las consecuencias de esta situación. Puesto que no hay más que tres potencias atómicas occidentales, es lógico que se consulten de manera corriente sobre todos los problemas relativos a la estrategia planetaria, que se repartan los objetivos, que establezcan conjuntamente la lista secreta de los casos extremos en los que se estudiaría el recurso al arma de destrucción masiva. Ahora bien, el memorándum fue rechazado de plano sin ser objeto de un examen detenido. Todo ocurrió como si la adquisición de Francia al rango de potencia atómica fuera admitida por los Estados Unidos en el terreno técnico, pero "contestada" en el plano





PARA SUS NIÑOS...

*Petit Cheri*  
LEGRAIN

**Monigote de nieve:**

Una calidad de máxima garantía en un envase de plástico, original y atractivo.

**Bolos:**

La misma calidad en envase de vidrio a precio más económico.

**Estuche obsequio:**

Los tres productos reunidos en una presentación ideal para obsequiar a la joven madre.



AGUA DE COLONIA  
JABON LIQUIDO  
POLVOS DE TALCO

**LEGRAIN**  
PARIS

## «Johnson? Un "cowboy", y ya está dicho todo»

político. El resultado fue que el diálogo a la vez técnico y político que entre dos potencias atómicas occidentales es necesario y natural, nunca fue abierto por Washington con París, cuando lo había sido tiempo antes con Londres. Hay discriminación. La finalidad del general consiste en crear las condiciones de un diálogo franco-americano, es decir, de hacer que Francia se haga reconocer como interlocutor individual de una conversación sin pantallas entre París y Washington. La NATO se ha convertido en una especie de coartada para negar a Francia el derecho al diálogo estratégico, para negar su existencia como "partenaire" individual de una conversación franco-americana relativa a lo esencial.

La «guerra fría» ha alcanzado su punto culminante con la crisis de Cuba en 1962. El enfrentamiento de Cuba marcó un giro decisivo en las relaciones de la URSS con el Oeste.

«El centro de las crisis internacionales se ha desplazado de la URSS hacia Extremo Oriente. La presencia de tropas convencionales francesas integradas a la NATO, en tiempo de paz, bajo el mando de un general americano, ya no era indispensable para la seguridad de nuestro país». Hay que señalar que esta situación no es la misma que la de Gran Bretaña, donde las bases americanas están bajo mando británico y sobre cuyo territorio el general Lemnitzer no ejerce ninguna autoridad. Francia es, cada día más, una potencia atómica. No puede, pues, ser considerada en la Alianza atlántica como un país entre otros. Ahora bien, los titulares de los altos mandos de la NATO son siete americanos, ocho británicos, un belga. Había un francés. Un general francés tenía el mando «Centro Europa», pero este mando ni siquiera dispone del uso de las armas atómicas y tácticas. Estas están bajo el régimen de la «doble llave», que deja la decisión final a los americanos.

Hay que señalar, finalmente, que los Estados Unidos tienen, a través de Europa y del mundo entero, relaciones políticas y militares con países no miembros de la NATO, y que estas relaciones son excelentes.

He aquí, en líneas generales, lo que puede decirse de la posición del gobierno francés frente a Estados Unidos.

En realidad, la situación entre De Gaulle y los Estados Unidos no es trágica. No se trata de una querrela, sino de un largo «qui pro quo». Y eso no pertenece a los repertorios dramáticos.

**«Entonces, ese De Gaulle es un imbécil, ¿no?», dijo Truman**

Estas dos anécdotas, representativas de un diálogo de sordos, son buena prueba de ello. Vayamos con la primera:

En julio de 1944, durante su primer viaje a Estados Unidos, el general De Gaulle solicitó visitar al general Pershing, a quien el gobierno

americano había dado un apartamento privado en el Walter Reed Hospital, en Washington. Pershing siguió allí hasta su muerte, en 1948. Al ver al general, Pershing le preguntó: «¿Y cómo va el mariscal Pétain?». «Hace mucho que no le he visto», contestó De Gaulle...

Luego, en agosto de 1945, cuando el general fue a Estados Unidos por segunda vez, varios periodistas americanos destinados en París fueron invitados por su embajador, Jefferson Caffery, a hacer el viaje.

Uno de ellos, el más importante, Geoffrey Parsons, director en aquella época del «New York Herald Tribune» europeo, cuenta: «Hicimos el viaje en un DC4. Mi vecina en el avión era Suzie Borel, agregada en aquel momento al Quai d'Orsay y convertida después en Mme. Georges Bidault. Durante todo el viaje esta mujer joven, particularmente inteligente, no paró de hablar, y durante veinte largas horas tuve que escucharla. En Washington, el presidente Truman, que aún no había conocido al general De Gaulle, solicitó verme: «Entonces —me dijo Truman a quemarropa—, ese De Gaulle es un imbécil, ¿no?». «No, señor. He asistido a varias conferencias de prensa del presidente Roosevelt, he oído a Winston Churchill en la Cámara de los Comunes y he estado presente en diez o doce conferencias de prensa del general De Gaulle en Londres, durante la guerra. Puedo decirle que De Gaulle comprende la política mundial tan bien como Roosevelt o Churchill». «¡Dios! —estalló Truman— ¿Por qué me ocultan la verdad? El Departamento de Estado siempre me ha afirmado que De Gaulle era un imbécil!».

El general, que no tiene por costumbre quedarse el último, ha esbozado para sus íntimos un retrato de los cinco presidentes.

De Roosevelt y Truman ha dicho: «Roosevelt era más tendero de ultramarinos que el tendero de ultramarinos que le sucedió».

Sobre Eisenhower se ha extendido un poco más: «Eisenhower? La suerte sin el genio. Me dicen que en el golf es mejor en el pequeño juego que en el gran juego. No me asombra nada».

En cuanto a Kennedy y Johnson, les ha asociado reservando al último la parte del león: «Johnson? Un "cowboy", y ya está dicho todo. Nacido en Europa no se hubiera quedado en ella, se habría ido a las Áfricas a cazar búfalos o a las Américas a buscar oro. Nacido en el país del rancho y el colt, ha disparado hasta convertirse en el gran "sheriff"».

«Kennedy tenía estilo de peluquero: peinaba los problemas. Johnson tiene algo de cargador de mercado. Un legionario, un suboficial de carrera que gana todos los galones uno tras otro. Me hace pensar en nuestro Bernadotte: un sargento coronado, un eficaz sin estilo. Me gusta Johnson. Es corláceo. Y ni siquiera se molesta en hacer como que piensa. Roosevelt y Kennedy eran máscaras sobre el verdadero rostro de América. Johnson, por su parte, es el mismo retrato de América. Si no existiera tendríamos que inventarlo».

■ P. G.

(Continuará.)

© Pierre Galanis et Agence Laure Forestier-Éditions Presses de la Cité.